



CARTA PASTORAL
A LOS SACERDOTES, EN EL JUEVES SANTO

EL SACERDOCIO ES EL AMOR DEL CORAZÓN DE JESÚS

✠ FRANCISCO CERRO CHAVES
Arzobispo de Toledo
Primado de España



CARTA PASTORAL

**A LOS SACERDOTES
DE LA ARCHIDIÓCESIS DE TOLEDO
EN EL JUEVES SANTO**

**«El sacerdocio es el amor
del Corazón de Jesús»**

**✠ FRANCISCO CERRO CHAVES
Arzobispo de Toledo
Primado de España**

©Arzobispado de Toledo.
D. L. TO 119-2025.

Queridos hermanos sacerdotes: las palabras del santo Cura de Ars dan el título a esta carta que, como todos los años, os escribo, con ocasión del Jueves Santo. Durante estos cinco años que he cumplido como Arzobispo de Toledo me he dirigido siempre a vosotros como hermanos, hijos y amigos, contando con vuestra ayuda y colaboración, para cumplir la misión de llevar a los hombres y a las mujeres de nuestro tiempo al Amor del Corazón Vivo de Jesús, tarea que la Iglesia nos encomienda: ser testigos de su Amor entre nuestros hermanos, en nuestras parroquias y pueblos.

El agradecimiento y la escucha de los sacerdotes, que están en primera fila –como pastores que sienten que «ser llamados significa ser amados» y que, caminando juntos con Cristo, llegaremos muy lejos, haciendo más fecunda nuestra siembra– han sido siempre una «corazonada» en mi vida. Nunca fue eficaz una evangelización por libre: es necesario caminar juntos para evangelizar fecundamente.

Siguiendo las palabras del Señor en Mt 11, 28-30, que algunos definen como «una pequeña enciclopedia sobre el Corazón de Jesús», y que está presente en todo el magisterio del Papa Francisco, especialmente en su encíclica en *Dilexit Nos*, comparto con vosotros estas

ARZOBISPO DE TOLEDO

reflexiones, en el Jueves Santo, al calor de la llamada de quien nos ha hecho predilectos de su Corazón.

«Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es llevadero y mi carga ligera» (Mt. 11, 28-30).

1. *«Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, yo os aliviaré».*

Los Santos Padres y los Padres del desierto hablan del peligro de la acedia, del cansancio de los buenos, de que en nuestra vida sacerdotal —en la actualidad, muchas veces con grandes complicaciones— nos cueste «digerir» las dificultades para vivir con paz. Por eso, si nos sentimos cansados y agobiados, tenemos que mirar al que siempre tiene abierto el Corazón para volver a Él. Hay que mirar al que te mira y, desde el Cenáculo, te quiere hacer pastor con corazón.

Así nos lo recuerda el Papa Francisco, animando a los sacerdotes para que «invocar al Espíritu no sea una práctica ocasional, sino el aliento de cada día. Yo, ungido por Él, estoy llamado a sumergirme en Él»¹. El Papa se ha querido referir, además, al Espíritu Santo como «generador de armonía que lo une todo»². Y añade: «Piensen en que un presbiterio que no está unido, no funciona»³. La vida espiritual de los sacerdotes, con el gran peligro de vivir fragmentados, divididos, sólo consigue dar unidad cuando nuestra mirada se centra en la Eucaristía, celebrada, comulgada y adorada. Nuestro sacerdocio nace unido indisolublemente a la Eucaristía. Ser sacerdotes apasionados por la Eucaristía es siempre encontrar el camino de la santidad.

Si vivimos nuestro ministerio sacerdotal orando, dedicando todos los días un tiempo largo a la oración personal, en torno a una hora, y

1 Homilía en la misa crismal, el 6 de abril de 2023.

2 Cf. Homilía en Santa Marta, el 21 de abril de 2020.

3 Homilía en la misa crismal, el 6 de abril de 2023.

CARTA A LOS SACERDOTES EN EL JUEVES SANTO

saboreando la Liturgia de las Horas, se unificará nuestra vida sacerdotal, a la que crecerán las alas del Amor de la libertad. Sin vida de oración, no hay unidad en el corazón sacerdotal. Es la oración, como oración apostólica, la que nos une con el Señor.

Sin oración, estamos abocados a un «sinvivir», donde el excesivo trabajo que tenemos nos puede y nos agota, con el peligro de «sobrevivir» en nuestro ministerio sacerdotal, con una gran infecundidad. Sabiendo, como dicen los agricultores de nuestra tierra, que la siembra no coincide nunca con la cosecha. Primero se siembra y, con la ayuda del agua y del sol, que es la gracias, regada con el sudor de la confianza, nuestra vida sacerdotal acaba siendo fecunda, veamos o no veamos nosotros el fruto. Sabemos que es cierto que la fecundidad de nuestra vida está en la unión con Cristo. Todo lo demás se nos dará por añadidura en la contemplación de la Trinidad, desde el Corazón de Jesús, lo que da fecundidad pastoral a nuestra vida.

Ser pastores con corazón bueno exige la unión vital, en el ministerio sacerdotal, con quien siempre tiene abierto el Corazón. Unidos a Jesucristo, el trabajo no nos quema, al contrario, vivimos entregados, nos cansamos gozosamente en nuestro ministerio entregado, sabiendo descansar en su Corazón.

En el Cenáculo, unidos al Corazón del Señor y a la Iglesia con los apóstoles, nos preguntamos si vivimos nuestras promesas sacerdotales descansadamente o nos vamos agotando.

2. *«Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí,
que soy manso y humilde de corazón,
y encontraréis descanso para vuestras almas»*

Bernanos, en su clásica novela «Diario de un cura rural», pone en boca del sacerdote al final de su vida, ya con una enfermedad incurable, el sentimiento de que lo más fácil del mundo en esos momentos de su vida es odiarse, pero al final se ha convencido –dirá– que lo más evangélico es mirarse con ojos de misericordia. Nunca me enseñó su Corazón a mirarme con odio, ni a mí ni a nadie. El Señor no odia lo que

ARZOBISPO DE TOLEDO

ha creado con tanto amor y, más admirablemente aún, ha redimido. Eso, en el fondo, es aprender del corazón manso y humilde de Jesús y encontraremos el descanso y la plena y verdadera reconciliación. Su mirada es compasiva y misericordiosa, como debe ser la del sacerdote.

Hoy nuestra vida de presbíteros está tejida de mucho trabajo y múltiples servicios. La clave está en vivir nuestra pastoral llena de esperanza. Ser «peregrinos de esperanza» y que creamos en la fuerza de nuestro ministerio, unidos al Corazón de Cristo en el hermano para vivir el camino sinodal. Queremos ser presbíteros santos en presbiterio, no solo como «jugadores de primera», sino siempre jugando en equipo. Sí entregados, pero también debemos caminar juntos con Jesucristo, vivir en equipo, conjuntados, en comunión, si queremos ser comunión y no sólo grandes individualidades. Ser de la familia del presbiterio, unidos a los hermanos sacerdotes, a la vida consagrada, a los laicos.

Como nos dice el papa Francisco en su carta a los sacerdotes en el 160 aniversario de la muerte del Cura de Ars: «Quisiera animarlos a no descuidar el acompañamiento espiritual, teniendo a algún hermano con quien charlar, confrontar, discutir y discernir en plena confianza y transparencia el propio camino; un hermano sapiente con quien hacer la experiencia de saberse discípulos. Búsquenlo, encuéntralo y disfruten de la alegría de dejarse cuidar, acompañar y aconsejar. Es una ayuda insustituible para poder vivir el ministerio haciendo la voluntad del Padre (cf. Hb 10, 9) y dejar al corazón latir con ‘los mismos sentimientos de Cristo’ (Flp 2, 5). Qué bien nos hacen las palabras del Eclesiastés: ‘Valen más dos juntos que uno solo... si caen, uno levanta a su compañero, pero ¡pobre del que está solo y se cae, sin tener nadie que lo levante! (4, 9-10)’»⁴.

El sacerdocio de Jesús, vivido desde su Corazón manso y humilde, hace que nuestra vida sacerdotal sea un auténtico trampolín, que con santidad hace que nuestro pastoreo sea fecundo. Nuestro corazón sacerdotal tiene que tener los mismos preferidos del Corazón de Jesús: los enfermos, los sufrientes, los pobres, los que viven en todas las soledades...

4 Carta, el 4 de agosto de 2019.

CARTA A LOS SACERDOTES EN EL JUEVES SANTO

Vivimos en un mundo agobiado y cansado, no tanto porque se trabaje mucho, sino porque lo que agota el corazón humano es el pecado, el egoísmo, el amor propio... La vida es estéril cuando falta el amor, porque, ante la vida plena que nos trae Jesús, la vida sin Él es un sinvivir, un mero sobrevivir.

En este Jueves Santo, en nuestra oración sacerdotal en el Cenáculo, y en nuestro deseo de vivir unidos a Cristo Buen Pastor, surgen estas preguntas al renovar nuestras promesas sacerdotales: ¿Para quien soy sacerdote? ¿Dónde he puesto mi corazón de sacerdote en mi vida pastoral, en la parroquia? ¿Estamos caminando juntos con Cristo?

En este día, en el Cenáculo, renovando nuestras promesas sacerdotales, repetimos una y otra vez en nuestro corazón lo que decía el jesuita santo, el padre Hurtado, de Chile: «Contentos, Señor, muy contentos, siempre contentos».

3. «Porque mi yugo es llevadero y mi carga ligera».

El yugo y la carga de nuestra vida sacerdotal, vivida por Cristo, con Él y en Él, se hacen llevaderos y se viven con una inmensa alegría. Repetimos con el himno de vísperas:

*Hora de la tarde,
fin de las labores.
Amo de las viñas,
paga los trabajos
de tus viñadores.
Al romper el día,
nos apalabraste.
Cuidamos tu viña
del alba a la tarde.
Ahora que nos pagas,
nos lo das de balde,
**que a jornal de gloria
no hay trabajo grande.***

ARZOBISPO DE TOLEDO

Los sacerdotes estamos llamados a vivir en la alegría de saber que no existe gozo más grande que gastarse y desgastarse al servicio del Señor, servir con el gozo del latido de su Corazón Redentor, presente en cada hermano.

Recuerdo que durante mi formación en los seminarios de Cáceres y de Toledo, con profesores de mucha talla teológica y espiritual, se nos recordaba que una vocación sacerdotal, una llamada, si la queremos vivir con la coherencia que nos piden el Evangelio y la Iglesia y que se debe exigir como madurez a los que desean ser sacerdotes, debe partir de estos aspectos:

1. El candidato al sacerdocio debe vivir cumpliendo con su deber, es decir tiene que ser fiel en cumplir sus obligaciones.
2. Ha de saber llevar descansadamente los compromisos. No significa que no cuesten la soledad y el trabajo pastoral, sino que llevemos descansadamente los compromisos. Es decir, que no nos sintamos aplastados y sin fuerzas.
3. Ha de tener capacidad de relaciones interpersonales. El candidato al sacerdocio debe ser una persona con capacidad de relacionarse, de escuchar, de acercarse a los que sufren, de tener capacidad de estar en contacto con todas las personas.
4. Que su vida refleje los frutos del Espíritu Santo: el amor, la alegría, la paz⁵.

Una vocación ha de estar corroborada por estas claves, que no significa que no podamos tener cruces y dificultades, pero sin que desdibujen el paisaje gozoso de nuestra vida sacerdotal.

Con esta meditación en el Cenáculo, donde celebramos los grandes regalos del Corazón de Cristo a su Iglesia y a la humanidad, os propongo que vivamos todos lo que Jesús nos da a cada uno: el regalo de la Eucaristía, del sacerdocio, del Amor fraterno y un Jesús pastor y servidor humilde que, viviendo la diakonía, se pone a nuestros pies como Redentor de toda la humanidad, lavándonos con su sangre. Nuestra

⁵ cf. Gálatas, 5

CARTA A LOS SACERDOTES EN EL JUEVES SANTO

actitud sacerdotal deber ser humilde, para ponerla a los pies de todos como servidores de la humanidad que sufre, de los pecadores, de los que viven en todas las periferias e intemperies.

Cuando vivimos la espiritualidad sacerdotal del Cenáculo, donde el Espíritu Santo va fraguando en nuestro corazón los sentimientos del Buen Pastor, vamos aprendiendo que el yugo de Jesús es llevadero y su carga ligera.

Siempre que tenemos un encuentro con el Señor, en la intimidad del Cenáculo, Él, como pastor, hace que se nos «conmueva el corazón» viendo una humanidad que vive como ovejas sin pastor.

Pero no nos podemos quedar en el Cenáculo a vivir, aunque sí podemos hacer de él una referencia para la intimidad con el Señor, que nos lanza como en un nuevo pentecostés a evangelizar, a salir a los caminos. Todos, caminando juntos, debemos llevar a la gente que nos encontramos en el camino de la vida hasta lo más profundo del Corazón de Jesús, para que beba de la fuente del Agua Viva que brota de su Costado abierto. Hay que volver, una y otra vez, al Cenáculo para beber de la fuente de su Corazón, todo lo que nos ofrece para vivir la santidad sacerdotal.

CONCLUSIÓN

Miremos al Corazón abierto de Jesús Sacerdote, Víctima y Altar, que nos lanza a vivir nuestra santidad sacerdotal y nos enseña a caminar juntos con Cristo y con nuestros hermanos de la vida consagrada, con los laicos, con las familias, para que en este camino sinodal, nos ayude a toda nuestra archidiócesis de Toledo, a vivir como pueblo de Dios, cuerpo místico de Cristo, en familia. Unidos en su Corazón vivo marchemos como Iglesia en salida, como en pentecostés, sin miedos, para que en todas las parroquias, las comunidades, las asociaciones, los movimientos, las cofradías, las familias, seamos discípulos y apóstoles del que nos llama a entregar la vida, para que tengan vida y la tengan en abundancia.

ORACIÓN FINAL

Padre de bondad infinita,
te damos gracias por
tu Hijo Jesucristo, sumo y
eterno sacerdote,
corazón de Buen Pastor
que nos invita a identificarnos
con los sentimientos de su
Corazón sacerdotal,
Corazón Divino de Jesús,
por el Corazón Inmaculado de María,
renovamos nuestra vida sacerdotal,
para ser santos e irreprochables
ante Él por el Amor.
Ven Espíritu Santo,
Haz que, con Corazón Sacerdotal,
por los dones que facilita nuestra vida espiritual sacerdotal,
y los frutos de amor, alegría y paz,
seamos sacerdotes según su Corazón,
con los deseos de un Amor entregado
que da la vida. Amén.

Con Santa María del Cenáculo, queremos vivir como Iglesia, como familia, para que caminando juntos con Cristo, nos lancemos a evangelizar un mundo, una tierra, que muere de guerras, de frío, de egoísmo, de pecado, donde la única solución es el Amor Redentor del que siempre tiene el Corazón abierto como vivimos en el Triduo Pascual.

✠ FRANCISCO CERRO CHAVES
Arzobispo de Toledo, Primado de España

Toledo, 17 de abril de 2025
Jueves Santo

